

BIOGRAFIA CONTEMPORANEA.



Fernando Felipe, Duque de Orleans.)

Creemos escitar el interés de nuestros lectores ofreciéndoles el retrato perfectamente semejante del desgraciado Duque de Orleans, muerto recientemente en París de una caída del carruaje.---Hobieramos querido acompañarle con uno de los infinitos opúsculos referentes á este malogrado príncipe, que han visto la luz pública en aquella capital; pero su mucha estension, y las reflexiones políticas de que están atestados, y no son de nuestro propósito, nos impide realizarlo. Entre tanto nos ha parecido conveniente presentar un ligero artículo biográfico de S. M. Luis Felipe I, cuya elevación de carácter ha admirado á Europa en esta ocasion deplorable.

LUIS FELIPE I, REY DE LOS FRANCESES.

Luis Felipe de Orleans nació en París, en el palacio Real, el día 6 de octubre de 1773: fueron sus padres Luis Felipe José, y Luisa Maria Adelaida de Borbon Penthièvre. Al nacer tomó el título de duque de Valois; su padre tenia entonces el de duque de Chartres, y su abuelo, que á la sazón vivia, era duque de Orleans.

La primera educacion de Luis Felipe se confió al caballero Bonnard, hombre amable y de talento; mas tarde se encargó de ella la condesa de Genlis, muy

AÑO VII.

conocida por varias obras que ha publicado. Esta condesa se dedicó á dar á sus discípulos (1) una educacion varonil, y á hacerlos mas bien hombres útiles que grandes señores acostumbrados al ocio. Desde luego procuró que tomásen nociones de todos los ramos del saber humano, á cuyo fin le enseñó las lenguas antiguas y modernas, la literatura, la historia natural, la botánica, la química, la física, la geografía, el dibujo, la arquitectura, la cirugía, las artes mecánicas, la legislacion francesa, y por último los ejercicios gimnásticos y la equitacion.

Para que estos útiles conocimientos no se redujesen á teoría, llevaba la condesa con frecuencia á los príncipes á casa de los fabricantes, donde se instruian por sí mismos mucho mejor que hubieran podido hacerlo con los libros, y donde aprendian á juzgar de los trabajos, y á conocer el premio que debian dar al sudor de las clases laboriosas.

(1) Eran cuatro á la sazón: el duque de Montpensier, hijo segundo del duque de Chartres; mademoiselle de Orleans, hija tercera, y el duque de Beaujolais, hijo cuarto.

7 de agosto de 1842.

Esta educacion iba acomodándose á la edad de los príncipes, por manera que cuando Luis Felipe, que era ya duque de Chartres, tenia algunos años mas, asistía todas las mañanas á aprender la cirujía en el *Hotel-Dieu*, (1) donde examinaba la naturaleza de las llagas, y los remedios que se aplicaban; á poco tiempo estuvo en disposicion de sangrar por sí mismo, y lo hacia con frecuencia, del mismo modo que su hermana se ocupaba en curar los heridos.

Cuando su edad y educacion lo permitieron, hizo viajes instructivos por el interior de Francia en compañía de sus hermanos y bajo la direccion de la condesa.

La revolucion de Francia estalló teniendo Luis Felipe 16 años; y como habia recibido una educacion exenta de preocupaciones, conoció los principios y la necesidad de este gran acontecimiento político. La afición que mostraba por el triunfo de las ideas liberales le hacia asistir con frecuencia á las sesiones de la asamblea constituyente; y deseoso de conocer las nuevas leyes que iban á regir la Francia, y los nuevos derechos que este iba á adquirir, se afilió en 1789 en la sociedad de los jacobinos, compuesta á la sazón de hombres de mérito; pero la abandonó luego que principiaron á tramarse en ella los asesinatos y desórdenes.

Cuando la asamblea constituyente decretó que los coroneles en propiedad se pusiesen á la cabeza de sus regimientos, ó que de lo contrario perderian sus plazas, el duque marchó á Vendome, donde se hallaba de guarnicion el regimiento de dragones, número 14, del cual era coronel desde el año 1785. Bien pronto se conoció su presencia, porque el regimiento adquirió un grado de brillantez y disciplina admirables. El ejemplo de un príncipe de sangre real que tomaba parte en las fatigas del servicio, y el patriotismo y afabilidad del coronel le hicieron tener gran partido en la ciudad.

Citaremos un rasgo interesante de esta época. Un día que el duque se paseaba á la orilla del río, vió un infeliz próximo á ahogarse; inmediatamente se arrojó al agua, y con peligro de su vida salvó á un padre de cinco hijos. El ayuntamiento de Vendome le ofreció por este hecho una corona cívica, que la actual reina de los franceses enseña á sus hijos como uno de los recuerdos mas gratos de la vida de su padre.

Los acontecimientos que se agolpaban por todas partes, preparaban un teatro mas vasto al joven Duque. Luis XVI, rey de Francia, se presentó el 20 de abril de 1792 en la asamblea legislativa, y declaró la guerra á Francisco I, rey de Bohemia y de Hungría.

El duque de Chartres en consecuencia pasó á los pocos dias de Vendome á Valenciennes, y en la accion de Quiévrain se distinguió notablemente á las órdenes de Dumourier. El siete de mayo del mismo año ascendió á mariscal de campo por antigüedad, é incorporado en el ejército del Norte, cogió nuevos laurelos á las órdenes de Kellermann, en la jornada de Valmy. Segunda vez pasó al ejército de Dumourier, cuando penetraba en Flandes para contener á los austriacos mandados por el duque Alberto de Sajonia-Teschen, y nuevamente dió muestras de gran pericia y valor, mandando en calidad de teniente general, el ala derecha en el ataque de Quasregnon.

A pesar de tan gloriosos hechos de armas, no estuvo al abrigo de la proscripcion que sufrieron los verdaderos patriotas; frecuentemente se ve en las revolu-

ciones que la gloria es un título de persecucion mas bien que de reconocimiento ó de triunfo.

Sabido es el carácter sangriento que tomó la convencion á poco de estos sucesos. El reinado del terror, que sucedió á la catástrofe de Luis XVI, alejó á muchos hombres eminentes del suelo francés, y la conducta del general Dumourier en esta ocasion es bien conocida. El duque de Chartres acompañó á su general en su emigracion voluntaria, y en calidad de desterrado se alojó al pabellon austriaco. El príncipe de Sajonia Coburgo se apresuró á ofrecer al duque el mismo grado que tenia en el ejército francés, pero su modo de pensar no le permitió hacer armas contra su patria, aun cuando condenaba los extravíos de su gobierno, y reprobaba los excesos de la revolucion. Solo exigió pasaportes, y se retiró á Suiza.

Incierto de su porvenir, é inquieto por los peligros que amenazaban á su familia, salió de Moná en abril de 1795, con nombre supuesto y acompañado de un edecan. Descubrióse en Zug quien era, y se alabó mucho su valor; pero el gran consejo, temiendo los resentimientos que pudiera ocasionar su presencia, decretó que abandonase el canton. Por lo tanto acompañado de un fiel amigo recorrió á pie toda la Suiza, hasta que el general Moutziquien le escribió que fuese á Bremgarten.

Este general sabió que un emigrado francés llamado Mr. Chabot habia pretendido una plaza de profesor en el colegio de Baschonan; pero viendo que se pasaba el tiempo, y que no llegaba Mr. Chabot, se le ocurrió al general pedir esta plaza para el duque de Chartres. Este, de acuerdo con el director del colegio, aceptó el empleo después de haber sufrido un riguroso exámen, y durante ocho meses se vió obligado para tener con que vivir á enseñar matemáticas, geografía, historia, francés é inglés. Durante este tiempo desempeñó con la mayor asiduidad su destino, hasta que la muerte de su padre le obligó á marchar á Inglaterra para recoger los restos de su fortuna. Asi pues dejó su plan de profesor, y con un certificado del colegio y un pasaporte bajo el nombre de Mr. Chabot, salió de Suiza á pie, con un saco á la espalda, donde llevaba su equipaje.

Llegó á Inglaterra, y se detuvo allí algun tiempo; en seguida recorrió la Suecia, la Noruega y la Laponia. De resultas de las inquietudes que el Directorio mostró respecto á su persona, abandonó la Europa, embarcándose en Hamburgo para los Estados Unidos, en compañía de sus dos hermanos. Al llegar á Filadelfia, puso en su sombrero la escarapela tricolor, y luego los tres príncipes emprendieron viajes peligrosos y atrevidos por el interior, pasando las noches á la intemperie; y devorados muchos veces por el hambre y los insectos.

En 1798 creyendo que su presencia en Europa seria indiferente, se embarcó para Londres, y allí trató de entablar relaciones con su familia. Luis XVIII estaba entonces en Polonia, y su hermano el conde de Artois en Londres. El Duque de Orleans fue pues á ver á este, el cual le dijo: *Mucho se alegrará el rey de veros; pero antes es preciso que le escribais.* No tuvo inconveniente el duque, y lo hizo con nobleza y sencillez recordando los principios que habia seguido durante su vida. El conde Artois que deseaba ver otro lenguaje, le dijo al leerla: *Deberis hablar al rey de vuestros errores.* — Errores! (contestó el duque sonriéndose,) tambien los han cometido los demas, y así hubiera sido preciso hablar de nuestros vices, lo cual no era noble ni político. Se envió pues la carta, tal como estaba escrita, y

(1) El hospital mas antiguo y notable de Paris.

Luis XVIII, que era hombre de talento y de tacto, contestó con amabilidad, sin decir al Duque nada que pudiese chocar con sus sentimientos.

La mansión de Londres fue á poco tiempo muy triste para Luis Felipe, de resultas de haber perdido en pocos días á sus dos hermanos; así es que se embarcó para Mesina. Fernando IV, rey de Nápoles, retirado en Palermo en virtud de haber ocupado Murat su trono, invitó á Luis Felipe á que le fuese á ver, y tanto él como la reina María Carolina le recibieron con la mayor afabilidad. Allí fijó su residencia, y pudo apreciar las bellas cualidades de la princesa Amelia, cuya mano obtuvo en 1809.

El 25 de abril de 1814 se supieron en Palermo los acontecimientos de Fontainebleau, los cuales llenaron de júbilo al rey de Nápoles; pero el Duque de Orleans no participó de esta alegría al saber las condiciones onerosas que se imponían á la Francia; y á pesar de la dicha de volver á su patria, una pena íntima mortificaba su corazón. Inmediatamente se puso en camino para París, y al llegar se alojó en una fonda, porque el palacio real estaba ocupado. Su primera diligencia fue ir á ver la casa de sus padres. El portero tenía aun la librea imperial, y puso muchas dificultades para dejar entrar á un desconocido. El Duque al ver el palacio que le traía á la memoria tantos recuerdos, no pudo contener su emoción, y con las lágrimas en los ojos, besó de rodillas los escalones que conducen á la habitación principal. El portero que le miraba atentamente se figuró que era un loco; pero no tardó en saber que era el Duque de Orleans.

Al día siguiente se presentó en la corte, donde fue muy bien recibido por la familia real, en medio de algunos antiguos compañeros de armas, cuya gloria adquirida en la república y en el imperio había heredado Luis XVIII.

A fin de disfrutar completamente la tranquilidad que parecía ofrecer el horizonte político, se embarcó el Duque para Palermo con ánimo de trasladar su familia á París, y de vuelta en esta capital se fijó en el palacio real en compañía también de su hermana. Allí pasó algunos días de calma y reposo, hasta que la súbita aparición de Napoleón en Cannes vino á turbarlos. El Duque de Orleans partió el 7 de Marzo para Lion, y al llegar supo que el prisionero de la isla de Elba había entrado en Grenoble. Colebróse una gran junta en casa de Mr. Damas, á la que asistieron el conde de Artois, el Duque, el Mariscal Macdonald y los generales Parthonaux y Albert, con objeto de pensar en los medios de contener los progresos del Emperador; pero ¿qué había de hacerse cuando las poblaciones mismas se apresuraban á abrirle sus puertas! Fue preciso volver á París.

Luis XVIII abandonó esta capital, y juntamente las demas personas de la real familia. Al Duque de Orleans se le encomendó un mando en el ejército del Norte, y fue dado á reconocer á las tropas por el Duque de Treviso; pero al hallarse el 20 de marzo visitando las fortificaciones de Lila, recibió un mensaje que le participaba la entrada de Napoleón en París á la cabeza de las tropas enviadas para contenerle. El 23 llegó Luis XVIII á Lila y al día siguiente abandonó la Francia; de manera que no teniendo ya el Duque de Orleans de quien recibir órdenes, delegó el mando militar en el Duque de Treviso, y se embarcó para Inglaterra.

Restablecido el trono de los Borbones después de la batalla de Waterloo volvió á París el Duque, y tomó asiento en la cámara de los pares, á la cual le autorizaba una ley de Luis XVIII; pero habiendo causado esto

á poco inquietudes y sospechas á la corte, privóse á los príncipes de sentarse en el cuerpo legislativo.

Al año siguiente hizo el Duque un viaje á Inglaterra, y en 1817, de vuelta de él, se retiró á la vida privada, se dedicó á la educación de sus hijos, á enriquecer su galería de pinturas con las obras de los mas célebres pintores modernos de su país, y á mejorar parte de sus inmensas posesiones. Recibía con frecuencia y dispensaba amistad á los ciudadanos notables que consagraban su elocuencia, saber, y su valor en defensa de la libertad de su país.

Así pasó tranquilo el Duque varios años de su vida, hasta que el ministerio de 8 de agosto de 1829 amenazó los derechos de la Francia y causó una inquietud general en el país. La cámara de 1830 conoció su misión, opuso al gobierno una vigorosa resistencia, y dirigió al rey un respetuoso mensaje votado por 221 de sus miembros. Carlos X vió en este acto un atentado contra las prerrogativas reales, y disolvió las cámaras. Procedióse á nuevas elecciones, y fueron reelegidos los 221; pero en el momento en que iban á abrirse las sesiones, y cuando todo París aguardaba impaciente este acto, el Monitor de 26 de julio de 1830 disolvió de nuevo una cámara que aun no había llegado á reunirse. A este decreto acompañaban otros varios en que se derogaban leyes fundamentales del país, se establecía una censura para la prensa, y se variaba la ley electoral: todos estos decretos son conocidos con el nombre de las *ordenanzas de 1830*.

Esta fue la señal para que estallase la revolución de julio. Pidióse al rey el 27 que mudase el ministerio y que entrase de nuevo en las vías legales, pero al cabo de tres días de lucha, y viendo que Carlos X había abandonado á París, no se le consideró ya como soberano, y la nación se declaró independiente.

El duque de Orleans se hallaba á la sazón en Neuilly con su familia. El 30 recibió un mensaje en que los diputados reunidos en París le llamaban para encargarle del mando provisional del reino; por lo tanto se restituyó á la capital. Las cámaras que se abrieron el 5 de agosto le ofrecieron la corona, y el día 9 el duque de Orleans con el título de *Luis Felipe I, rey de los franceses*, juró la carta constitucional del país. Reinó en la sesión una dignidad, una calma y un respeto que hacia gran contraste con las escenas del júbilo de la capital, y de esta manera escapó la Francia de la anarquía que la amenazaba. La parte ilustrada de la nación concibió grandes esperanzas al poner la corona en las sienes de un príncipe, que por su educación, sus vicisitudes y sus desgracias había adquirido un conocimiento profundo de los hombres y de las cosas.

La vida pues de este rey nos enseña cuán impenetrables son los arcanos de la providencia, y cuán poco se debe confiar en los favores y en el rigor de la fortuna.

En cuanto á la pittura de su reinado, la grandeza de su carácter, y el tino y energía que ha sabido desplegar en las mas críticas circunstancias, quedará reservado al juicio de la posteridad, y á la pluma de la historia.



GRUPO DE LAOCOONTE EN ROMA.

El asunto de este grupo está tomado de Virgilio en el segundo libro de la *Eneida*. El poeta refiere como el gran sacerdote Laocöonte, que habia ofendido á Minerva, fue inmolado con sus hijos á la venganza de la diosa.

«Mientras Laocöon, ministro reverendo,
Elejido por suerte en nuestra gente,
Estaba en un solemne altar haciendo
Sacrificio al señor del gran tridente,

.....

Dos bravas sierpes de bestial grandeza
Que al puerto de hácia Tenedos venian.
(Tiemblo solo en contar de su braveza)
El mar debajo al parecer traian.

.....
Ellas con furioso impetu corrieron,
Y para Laocöon derechas fueron.
Con sus dos tiernos hijos en llegando,
Cada una con el suyo se abrazaron
Y la inocente carne apedazaron,
A sus hambrientos vientres los pasaron.
Después al triste padre (que pensando
Darles la ayuda que ellos demandaron
Con armas iba á ellos) arrebatan,
Y con cien roscas y cien nudos le atan.
Con dos vueltas al mísero tenían
Ambas por medio el cuerpo rodeado;

Los escamosos cuerpos revolvían
Dos veces por el cuello del cuitado.
Los cuellos y cabezas parecian
Sobre la de Laocöon, el cual manchado
De podre y negra sangre procuraba
De aquel lazo salir que le aquejaba.
Con gran clamor y horrísono gemido
Hería el aire y cielo» etc.

(Traducción de Gregorio Hernandez de Velasco.)

Se han hecho una infinidad de comentarios sobre el Laocöonte. ¿Pero quién fue su autor? ¿En qué época se ejecutó? ¿Inspiró á Virgilio la vista de la escultura, ó produjo la poesía de Virgilio la inspiración en el escultor? Estas y otras cuestiones se han discutido doc- tamente en varias obras.

La opinion del ilustre crítico alemán, Winkelman, es que el Laocöonte se hizo en tiempo de Alejandro Magno por el escultor Lysipo.

Lessing, poeta filósofo alemán, que escribió un volúmen entero acerca del Laocöonte, atribuye la obra á tres escultores griegos, Agesandro, Polydoro y Atenodoro, todos tres naturales de Rodas y contemporáneos del emperador Tito.

Esta última opinion se funda en un pasaje del libro XXVI de la historia natural de Plinio donde se hace mención de un grupo de Laocöonte, hecho de un solo trozo de mármol, y que era un objeto que se llevaba toda la admiración de los romanos.

Efectivamente, el Laocoonte que los siglos han respetado se encontró detrás de los baños de Tito; es cierto que no es de sola una pieza; pero es sabido que no todo cuanto dice Plinio debe creerse siempre al pie de la letra.

He aquí algunas reflexiones en general de Winkelmann sobre el carácter de este grupo, que nos parecen dignas de transcribirse.

«Así como el mar, dice este escritor, permanece tranquilo en sus profundidades, por ajitada que llegue á estar su superficie, así en las figuras griegas, en medio de las pasiones, anuncia todavía la expresión una alma grande y serena.

«Esta alma está retratada en el rostro de Laocoonte, en medio de los más crueles padecimientos; el dolor que se descubre en todos los tendones y músculos, y que la contracción violenta de una parte de su cuerpo nos hace casi participar, no está mezclada de ninguna expresión de rabia en las ficciones ó actitud total. No se oye en el grupo el espantoso grito del Laocoonte de Virgilio, ni la abertura de la boca permite suponerlo, pues es más un suspiro de agonía sofocada. El dolor del cuerpo y la grandeza del alma están repartidos por iguales partes en toda la figura, y se balancean, por decirlo así.»

«Expresar así la grandeza de alma es mucho más que pintar simplemente la bella naturaleza. El artista ha debido sentir en sí propio aquella fuerza de espíritu impresa en su mármol. La Grecia vió más de una vez reunidos el filósofo y el artista en una sola persona, y tuvo más de un Metrodoro. En ella la filosofía daba la mano al arte, comunicando el alma á sus creaciones.»



MISCELANEA CRITICA.

EL CABAN.

«El traje es el sobreescrito del alma, y el fiador de la persona.»—decía un sastre extranjero por encabezamiento de sus minutas de forros y entretelas; y esta expresión, que no pasa de ser una necesidad en la boca ó en la pluma de un sastre, llegaría á ser sentencia y apoteogma en la de un filósofo griego ó en la de un orador parlamentario.

En efecto, y por poco que se reflexione, no podrá negarse la influencia del ánimo en la exterioridad de la persona, que es la primera parte de aquella máxima. Llenas están las leyendas de estas relaciones vesti-fisiológicas; desde Diógenes que se vestía con una tinaja, hasta Madama Sand que gasta levita y espuelas; desde la acerrada cota de Pelayo, hasta el débil paño de Sedan de nuestros héroes modernos.

La segunda calificación hecha del traje, esto es, la de «fiador de la persona,» es todavía más fácil de probar; y sino; hagan VV. una prueba, señores lectores: abandonen por unos días guantes y levitas: vistan chaquetas y zaragüelles; calcen abarcas y sandalias, y echen-se luego á visitar de este modo damas y magnates, espectáculos y paseos; verán entonces claramente lo que valen por sí solos, sin el sobreescrito del traje.

Pero, en fin, resumiendo en una ambas calificaciones, no podrá negarse que el adorno de la persona, cuando no otra cosa, puede tomarse generalmente como la expresión de su gusto; y que bajo este aspecto el estu-

dio de los figurines de moda es uno de los más profundos á que pueda entregarse el hombre meditador.

Prescindiendo por ahora de la simple, airesa y artística camiseta griega; de la noble y grandiosa toga romana; de las severas armaduras godas; de los vistosos yalmos y capacetes de la media edad; dejando á un lado los monótonos colecciones chinos; los pintorescos ropajes musulmanes; la primorosa simplicidad india, ó la ostentosa variedad persica; plantémonos de un salto en medio de nuestra sociedad española de los siglos XVI y XVII, cuando terminada ya la guerra interior, y depuestos por la generalidad de los habitantes el escudo y armés, formaron por primera vez una masa común, una misma familia, regida por una sola mano, y gobernada por la propia religión y leyes.

Prescindiendo también de los matices locales, propios de las diversas provincias y reinos recién incorporados, ¿qué hallamos en los trajes de aquella sociedad, que no nos revele su índole, carácter y pretensiones? ¿no advertiremos en sus variados cortes y coloridos, sus plumajes y cimeras, el reflejo aun reciente de la ostentación oriental? La capita en los hombres ¿no era una consecuencia del alboroz árabe? La mantilla de las mujeres ¿no venía directamente del velo musulmán? Emblemas ambos de amor misterioso, de cortés galantería ¿quién no reconoce en ellos aquella sociedad arrogante y amiga de aventuras? ¿quién no vé en el primor de las plumas y bordados la altivez y ennobrecidas pretensiones de los dominadores de Europa, de los descubridores del nuevo mundo?

El último contactó con los demás pueblos prestó por entonces al traje español una estremada variedad y riqueza, tomando de todos ellos aquella presa que más halagaba al entonces justo orgullo nacional. El sombrero de terciopelo alemán; el greñesco cortado á la veneciana; el justillo florentino; la levitilla francesa; la gorguera flamenca, campeaban en vistosa mezcla con la capita corta, la larga tizona toledana, y el oro, plumas y pedrerías de Méjico y el Perú.

Inoscusablemente, y al paso que nuestra influencia y originalidad, fuimos perdiendo también nuestro traje, y cambiándole por la casaca francesa y los enormes pelucones de la corte de Versalles.—No parece sino que á la zaga de Felipe V, vino una legión de sastres encargados de borrar en las personas de los españoles el reflejo de su nacionalidad, y calzarles la librea parisiense.

Por desgracia hallaron una sociedad dispuesta á vestir. Los elegantes de entonces, (que ya no recordaban la arrogancia de sus abuelos), admiraron y recibieron con entusiasmo las rizadas cabelleras postizas, los enormes casacones bordados, las pomposas botas y guantes, los galonados sombreros de la comitiva de Felipe de Borbon; y luego de concluida la guerra de sucesión, trocaron tizonas por espadines, petos por chupas de seda, barbas por bucles artificiales, brazaletes por encajes, y espuelas por hebillas.—Las damas por su parte siguieron el mismo movimiento, y olvidaron sus sayas, mantos y dengues, por los tontillos, arracadas y empolvados artificios del cabello, á la Montespas ó á la Pompadour.

Este reflejo de la corte de Luis XIV fue desapareciendo igualmente con su memoria; y ya en el reinado del segundo hijo de Felipe, el gran Carlos III, quiso de nuevo la sociedad española reflejarse en el traje, y surgió de improviso la capa andaluza ó árabe, aunque ya con un carácter menos risueño, sin tanto adorno ni colorín, pero manejada siempre con igual desemba-

razo y gentileza; acompañábala entonces el sombrero chambergo, que recordaba las antiguas glorias españolas; y en las damas la hasquiña y mantilla, elegante, airosa y peculiar emblema de nuestro suelo, se elevaron por entonces al mas alto punto de esplendor.

Todavía, es verdad, andaba alternado todo esto con los remedos de la moda extranjera; todavía se dejaba ver aquella indecisión propia de sociedades á medio traducir; y al paso que los *currutacos* y la masa del pueblo vestían chapetín y redecilla, calzaban zapato, y cubrían su cabeza con sombrerones, los *petimetres* y grandes señores guardaban todavía respeto hácia la casaca bordada de sederías, la horrada chupa, y el clásico *espadrín*.

Pero vino Napoleon (que era un buen sastre), y á toda Europa la uniformó.—Nuestros soldados perdieron coletas y botines, sombreros tricórnios y arcabuces, y recibieron *dolmanes* y chaquetas francesas; *schakó* polacos, y fusiles ingleses. El paisano, siguiendo aquel movimiento de uniformidad militar, adoptó generalmente el pantalón y el *frak*, y la elegante dama ostentó sus atractivos á favor de los pliegues de la *dallela* y el *citoyen*.—Los *petimetres* habían destruido á los *currutacos*: los *elegantes* acabaron con los *petimetres*.—Desde entonces, y luego que pasó la época marcial de Napoleon, se empezó á reflejar en el traje la incertidumbre de las ideas, la inconstancia del siglo nuevo, la ausencia de pensamiento dominante, en las instituciones, en los libros, en la tijera.

Mientras llegaba el caso de inventar algo de nuestra propia cosecha, continuamos recibiendo todos los correos la moda parisiense, envuelta con las leyes políticas, con los gustos literarios, y con las aplicaciones científicas. Pero esta obligación exigía una transformación tan continuada, que mas parecíamos arlequines que gente formal.—Por ejemplo,—Cuanda los *lechuguinos* (que así nos llamábamos los sucesores de los *petimetres*) nos hallábamos muy orondos con nuestros pantalones ajustados y botas á la *bombé*; con nuestros talles altos y peinados á la *girafe*; de pronto venia de París la orden de ensanchar las bragas y aplastar las botas; de bajar el talle ó arruinar el moño, al siguiente dia nos intimaban los ingleses sus enormes batas con carteras; y al otro los poloneses sus elegantes levitines de cardonadura; sus pieles los rusos, y los italianos sus *grós*.—Y no habia mas remedio que seguirlos á la carrera; porque; desgraciado el hombre ó la mujer (entonces no se decía *la mujer*, sino *la señora*) que al dia siguiente de promulgada la moda de los *fraks pistachos*, ó de los *spencers* junquillos; se dejaba ver en el Prado infringiendo la orden, que no necesitaba mas para perder su reputación, y ahogar, como ahora se dice, *su porvenir*.

De este modo, y como movidos al impulso de mágico talismano, vimos desaparecer en una sola tarde todas las altas peinetas de concha; todas las botas de campana; todas las levitas de cubina; todas las hasquiñas de alepío morado. Así es como impusimos á nuestros caprichos los nombres de las cosas y de las personas de la época, diciendo carriles á la Wellington, barbas á la Bergamí, peinado á la Quiroga, gerros á la Navarino, y levitas á la Montesor.

Esta época de la moda era si se quiere ridícula; pero en fin, era variada; carecia de idea, pero andaba á caza de todas; era traducida, pero de todas las lenguas y no de una sola.

Al través de todas estas circunstancias descubriase en los rigoristas un pensamiento, que revelaba tambien el de la sociedad: y este pensamiento, de acuerdo con

el sentimiento natural, era el deseo de parecer mejor, de embellecer la persona con adites y atavíos de buen tono. Fue, pues, esta la época del similar y del abalorio; así como la anterior lo habia sido la de los diamantes y el oro macizo.

Hasta que vinieron los *Hugoltras*, y de una pluma suprimieron los peluqueros y rapistas, dejando crecer barbas y greñas á placer: por otro decreto anularon la camisa, ó la eclipsaron con la corbata; hicieron inverosímil el chaleco: desdenaron cadenas y oropeles; y solo transijeron por la decencia con un modesto y abrochado levitín. Ya desde entonces todo hombre tuvo á gala parecer de siniestra y sea catadura; y la palidez mortecina, los luengos bucles y los anchos pliegues de las damas, fueron sustituidos al ajustado corpiño andaluz, al rodete chinésco, ó á la rosita simbólica de la sien.

Por último, de supresion en supresion, los hombros hemos ido suprimiendo hasta llegar al *gaban* de verano, que no es mas que un pretexto para ir en camisa; siendo de suponer que, siguiendo esta progresion, llegemos muy pronto á los mandiles indianos, ó á la oja de parra de nuestro padre Adán; que es mas fresco; únicamente conservamos seriamente los guantes amarillos, que es lo suficiente para lo que entre nosotros se llama *ir vestido*.—Las damas (ahora se dice *las mujeres*) han seguido un sistema contrario; y en lugar de suprimir han ido adicionando á sus personas, en términos, que si antes necesitaban seis varas de tela para su vestido, ahora gastan diez y ocho, y otras tantas de *erinalina* (léase *mirinaque*) para el armazon; con la cual hay que andarlas adivinando como por entre tela de cedazo, y todas tienen el aire de campanas ambulantes, ó de hormigas en dos pies.

Resumiendo.—Hemos visto á nuestro siglo de oro representado por las gallardas armaduras y los preciadados jaeces; tomando estos sus diversos matices de todos los pueblos en que España dominaba.—La horrada casaca y los empolvados bucles, representaron despues fielmente á un siglo de prestada bombolla, y de postizo y extranjero artificio.—La capa y la mantilla revelaron luego la verdadera índole de la sociedad puramente española;—El *frak* uniforme despues, la influencia militar; y la variedad intermisible de los trages, la inconstancia posterior de los ideas. Por último, hemos llegado á una época en que no hay creencia en la moda, como no la hay en política; ni en literatura, ni en nada: reina en ella la anarquía, como en la sociedad: se afecta la el mal tono y el feo ideal como en las acciones: se encubre el vacío á fuerza de tela, como la falta de razon á fuerza de palabras; por último, se ha destruido toda gerarquía, se han nivelado y confundido todas las clases, como en el mecanismo social.—La sociedad del dia está, pues, simbolizada en el *gaban*.

M.

EL COMETA.

CUENTO HISTÓRICO,

QUE SIRVE DE PRÓLOGO A UNA LEYENDA INEDITA.

6 de Junio de 1868.

I.

Es un martes, y la corte tranquila está disfrutando de una merced que le otorga su rey Don Enrique Cuarto:

Y es de ver como en Toledo
grandes, pequeños, medianos,
tantos hombres aparecen
revueltos en un mercado (1).

En medio de su carrera
vierte el sol un mar de rayos,
que á torrentes se derraman
por los aires y los campos.

Por eso se ven tendidos
tantos lienzos sobre palos,
toldos que cubren las tiendas,
en color y forma varios;

Y á su sombra, en movimiento,
ya vendiendo, ya comprando,
mil semblantes que se agitan
morenos, rubios y blancos.

Rien estos, rien otros,
y álzase desde sus labios
un murmullo, que sin duda
es el eco del engaño.

Aquí se ven mercaderes
en tapices y brocados,
que por joyas y perfumes
toman el género á cambio.

Allí, entre alegre bullicio,
frutas se venden, pescados,
ricos vellones de lana,
reses, monturas, caballos.

Y en medio de tantas cosas
á la vez, andan mezclados
ferreruelos y mantillas,
con sayas, gorros y cascós:

Aquellos visten de negro,
verde, azul ó anaranjado,
ropillas airosas unos,
les otros gabanes anchos.

Mézclanse cien caballeros
entre miles de paisanos,
sin que adviertan como sucios
ganan estos su boato.

Por acá y allá esparcidos
con la diestra bajo el brazo,
los ojos como centellas,
sin greguescos ni zapatos,
Vagan sendos galopines,
todos hechos un andrajo,
que lo ageno vuelven propio
al volver la vista el amo.

Es de ver cómo preparan
á una camuesa el asalto,
y cómo se la disputan
después de haberla tomado:

O cómo asedian pañuelos,
bolsillos, plumas y lazos,
en los círculos que atraen
trovas, juegos y presagios.

Que también hay adivinos,
y mas de veinte vellacos
que comen, heben y triunfan
con bolos, naipes y dados.

Y algun trovador mezquino
que adulará por dos cuartos,
si entonces eran poetas
lo que algunos son ogaño.

Así componiendo todos,
y sin que en ello hagan alto,
una copia de este mundo
embustero y abreviado,

Los martes hay en Toledo
grandes, pequeños, medianos,
muchos hombres y mujeres
revueltos en un mercado.

II.

De repente
negra nube
triste sube,
cual vapor que de occidente
arroja revuelto el mar;

anda, cunde,
se difunde,
vuela, crece,
y oscurece
con sus velos
el claro azul de los cielos,
se siente lejos tronar.
El mercado
se revuelve,
se disuelve,
temerosos del nublado
los lios cargando están:
Por las calles
y los valles,
y los cerros,
mulos, perros,
carros, gentes,
por veredas diferentes
marchando á los pueblos van.
Entretanto
triste brilla,
y amarilla
bañando el suelo de espanto
del relámpago la luz.
Llueve; truena,
y honda pena
triste siente
aquella gente,
que murmura
cuando la nube conjura
con muchos signos de cruz.

III.

Y al fin pasó la tormenta,
la devoción y el espanto;
y apenas lució tendido
sobre las nubes el arco,

Alegres van sacudiendo
capas, mantillas y sacos,
las que tristes iban antes
medrosas gentes orando.

Con sus miradas pasean
la inmensidad del espacio,
y por último las fijan
sobre el encendido ocaso,

Do envuelto en rojos celajes
de oro y púrpura, sin rayos
el sol su globo dormido
sepulta en el oceano.

Mas súbita absortos quedan,
al cielo miran pasmados,
y ¿qué será, se preguntan,
aquel prodigio tan raro?

Es una mancha de fuego,
que va su brillo aumentando
á medida que la noche
viene tendiendo su manto.

Rumores vagos circulan
de que aquello es signo malo,
y cuentos y tradiciones
en apoyo traen al caso.

Señal de guerra, los unos,
los otros dicen, mal año,
se peca mucho y andemos,
los juicios de Dios son altos.

De tales modos discurren
los crédulos castellanos,
y se entristecen las madres
que tienen hijos soldados.

Mas copiemos una escena
de un alcalde, conversando
con el cura de su pueblo
á donde caminan ambos.

IV.

—Tío Perico, no lo extrañe,
que no ha de ser maravilla
tenemos guerra en Castilla,
y ojalá que yo me engañe.
La que nos vino galana,
nos salió muy oji-negra,
y Enrique Cuarto se alegra
de que para Doña Juana.

(1) Don Enrique IV de Castilla otorgó á Toledo la merced de que pudiese celebrar un mercado todos los martes.

—Que con su pan se lo coma,
dijo el alcalde, si es algo;
yo por mí ni entro ni salgo,
que doctores tiene Roma.

Y yo no quiero saber,
si la zorra tiene rabo,
señor cura; porque al cabo
el tío Perico he de ser.

—Bien se vé, replicó el cura,
que apenas sabéis firmar.

—No hacen falta para arar
los textos de la escritura.

Y déjenme con mis bueyes,
con mis hijos y Tomasa,
comer sopas en mi casa,
mas que no sepa de leyes.

—Sí, mas corre una conseja,
que los ánimos aguija,
y es que el rey llame su hija
á la niña Beltraneja.

Y aun mas ainda lo lleva;
pues parece que hizo en pago,
gran maestre de Santiago
á D. Beltran de la Cueva.

Si así compra su impotencia
con tal escándalo un hijo,
es, como el otro que dijo,
«tras de cuernos penitencia.»

¿Y qué es ver al rey cercado
de astrólogos y adivinos,
cometer mil desatinos,
y acoger á un renegado?

—Yo en las cosas de los reyes,
lo repito, no disputo,
que de pagar el tributo
jamás me libraron leyes.

—Pero siendo mal cristiano,
la justicia de Dios manda,
que ya que el rey se desmanda
al trono suba su hermano.

—Pero Dios no manda creo,
que los grandes de Castilla
deseavainen la cuchilla
por conquistar un empleo.

—Teneis el genio muy ancho.
—No es deshonra y es provecho,
que al fin me lo han de dar hecho;
y á buen callar llaman Sancho.

—Pues hablaros es en valde,
pique, pique ese pollino,
no nos coja en el camino
la noche, Señor alcalde.

—Si la mula se menea,
por este no ha de quedar.—
El cura empezó á rezar
el *Domine labia mea.*

V.

Del alcázar de Toledo
en un mirador, en tanto
viendo está el rey el cometa
con sus doctos astrolabios.

—Venceréis, dicen, al moro
con la fuerza de ese brazo;
mas eso será sin duda
despues de lidiar muy largo.

Rendidos veréis los nobles
también á vuestros mandatos,
que en pos de larga tormenta
vino el cometa.—Eso es claro:

Así les responde Enrique
de su esciencia muy pagado,
y ellos siguen prometiendo
en tono sério milagros.—

Tan solo allí se reía
cierto barbon renegado,
que de Avilá pocos dias
hace que vino á palacio.

Es valido de su alteza
en asuntos no muy santos:
el rostro un tanto ceñudo
y el mirar atravesado.

Y al rey le dijo al oído,
«solos quedemos un rato»
—Despejad, dijo su alteza,
di lo que gustes, del Marmol.

VI.

«Signo es de guerra sin duda
ese cometa inflamado,
si á D. Beltran habeis hecho
gran maestre de Santiago.

Por ende se hallan los nobles
alla en Avila ayuntados,
y vuestra conducta al papa
con sus firmas acusaron.

A Isabel, princesa hermosa,
querida de D. Fernando,
Don Alonso de Carrillo
dispensas joyas y halagos.

Que no ignora el arzobispo,
como, si rinen dos bandos,
de vuestra hermana las bodas
daran el triunfo á uno de ambos.

Cuatro dias ha os lo dije,
no lo estimasteis en algo,
yo he cumplido cual debia,
lo demas, mi rey, pensadlo.»

Quedóse aqueste un momento
con los puños en los brazos,
el rostro trémulo de ira,
los ojos llenos de llanto.

Y despues que el vivo enojo
subió del pecho volcánico,
dijo así, cual si le abriera
el porvenir sus arcanos.

—De que enaillen mis corceles
órden da, vil renegado,
y á todos mis servidores
que se armen de punta en blanco.

El clarín suene de alarma,
y al punto mire formados
los mis tercios de peones
con sus ginefas bizarras:

Que sobre Avila cuanto antes
quiero partir—Ah ¡malvados!...
pero ¿Qué gritos son esos
que resueñan en palacio?

VII.

«Justicia, rey D. Enrique,
para unos pobres ancianos,
vuestro moro favorito
la hija nos ha robado.

Atapándola ¡ay! la boca,
llevóse la en su caballo:
no consintáis esta mengua
señor del nombre cristiano.

Era honesta como un ángel,
hija de padres hidalgos,
concedednos veinte lanzas
que nosotros las pagamos.»

Pero el rey vuelta la espalda,
y á medio terciar el manto,
volvió la rubia cabeza,
esta sentencia dictando.

«Para que otros padres pongan
sus hijas á buen recaudo,
que se den á los presentes
doscientos azotes mando.»

—Mal hayas, rey de Castilla,
dijo el viejo, y agitado
añadió —¡Ah! tú no conoces
ni tienes hijos, villano!!!

Quando aquesto sucedía,
ya en Avila habia rodado
sin cetro real ni corona
la estatua de Enrique Cuarto.

GUILLEMO FERNANDEZ SANTIAGO.